

¿Hay que salvar la economía de los economistas?

Ronald Coase, Premio Nobel de Economía y Profesor Emérito de la Escuela de Leyes de la Universidad de Chicago, publicó en diciembre de 2012, en el “Harvard Business Review”, una columna de opinión con el título “Salvar la economía de los economistas”. En ella, el profesor Coase sostiene que la economía de los libros de texto y de las aulas universitarias tiene muy poco que ver con los negocios y menos aún con emprendedorismo: “el grado extremo al que la economía se ha aislado de la vida cotidiana y de la economía real, es extraordinario y desafortunado.”

Argumenta que desde Adam Smith y a lo largo del Siglo 19, los economistas escribían temas relevantes para los hombres de negocios, empresarios, comerciantes y políticos; incluso en los albores del Siglo XX, Alfred Marshall logró mantener la economía académica “como el estudio de la riqueza y una rama del estudio del hombre”, y ésta siguió siendo relevante para los industriales.

Pero entrado el Siglo XX, con la economía consolidada como una profesión, los economistas empezaron a escribir para otros economistas, dando lugar a un cambio de paradigma hacia los enfoques teóricos en lugar de preservar la economía del mundo real como el objeto de estudio. Hoy, la producción está marginalizada en la economía, y se tiende a ver al Gobierno como la solución de última instancia frente a los complejos problemas económicos de la sociedad, desde la innovación hasta el desempleo.

Como resultado, afirma Coase, la teoría económica es ahora un instrumento de conveniencia que el Estado usa para gestionar la economía, en lugar de ser una herramienta a la que la gente acuda para entender cómo funciona la economía. Pero, como la teoría ya no está sustentada por investigaciones empíricas sistemáticas, no está a la altura ni en la capacidad de guiar las políticas públicas. En un momento en el que la economía moderna es cada vez más intensiva en institucionalidad, reducir la economía a temas como la teoría de precios ya es suficientemente alarmante. Pero es suicida para el campo académico deslizarse hacia la opción de pretender ser una ciencia exacta, ignorando las influencias de la sociedad, de la historia, la cultura y la política en el funcionamiento de la economía.

Concluye afirmando que es tiempo de re-encontrar la empobrecida disciplina económica con la economía real. El conocimiento necesario para entender la economía en cada contexto nacional, aportar a su dinámica y al emprendedorismo, sólo será posible si el pensamiento de los economistas puede ser reorientado al estudio del ser humano como es, y la del sistema económico tal como realmente existe.

Estas “confesiones de un economista” son muy relevantes para la realidad boliviana porque son coincidentes con las inquietudes de la gente. En un momento de cambios históricos en cuanto a la inclusión social y política de todos los ciudadanos, “lo económico” está muy lejos de ser suficiente y adecuadamente debatido. Las reflexiones y discusiones del “ciudadano de a pié” en torno a la

persistencia de la pobreza, la falta de empleo de calidad y la desigualdad, llevan a cuestionar las prioridades que han guiado hasta el presente el diseño de las políticas nacionales de desarrollo.

Así, quienes observamos la realidad, terminamos preguntándonos, por ejemplo, ¿por qué mantener la inflación baja es mucho más importante –y sobre todo “más racional”– que buscar la meta de pleno empleo digno para la ciudadanía? ¿por qué hay que promover la “profundización financiera”, si los recursos se canalizan más a la especulación que a crear valor para la sociedad? ¿por qué los impuestos sólo tienen como propósito maximizar las recaudaciones, en lugar de promover la creación de valor, y por qué se imponen como castigo en lugar de premiar aportes positivos a la sociedad y el desarrollo? ¿por qué insistir en un crecimiento económico que amenaza con acentuar los problemas de equidad y de desarrollo humano a largo plazo? ¿por qué el pleno empleo y el salario digno no son objetivos de política pública al diseñar estrategias de desarrollo? ¿por qué el salario debería incrementarse sólo para compensar la inflación?

En resumen, ¿tiene sentido hablar de una macroeconomía saludable, elogiar la fortaleza del sistema financiero o celebrar el crecimiento del PIB y de las reservas internacionales netas, si estos indicadores no se reflejan en el bienestar de la gente y en la efectiva conformación de las condiciones que permitan satisfacer las necesidades reales de la gente en la sociedad?

El crecimiento económico por sí solo no garantiza reducir la pobreza; por el contrario, en las economías capitalistas y neoliberales, acentúa la desigualdad: en particular, la inversión que se concentra en explotar recursos naturales o en la especulación financiera, no garantiza ni crecimiento, ni inclusión, ni bienestar. La verdadera transformación productiva entiende al trabajo humano como la fuente de la riqueza social: cuando crece el empleo productivo –dignamente remunerado–, la economía necesariamente crece y tiene fuertes impactos positivos en la reducción de la pobreza y de la desigualdad. Esto significa que el empleo digno no es simplemente una “ocupación”, sino la piedra fundamental del desarrollo humano con el trabajo dignamente remunerado como el eje del desarrollo productivo y sostenible.

Por ello, a diferencia de la opción “neoliberal” que privilegia atraer inversiones, proteger al capital y flexibilizar el mercado laboral, las políticas transformadoras asignan prioridad a promover, privilegiar y premiar la generación de valor y el empleo digno que aprovecha la capacidad emprendedora y creativa de las y los bolivianos. Los objetivos inmediatos de estas políticas estratégicas son: i) incrementar el valor agregado y la productividad *para elevar el ingreso real de los empleados y de los auto-empleados*; y, ii) aumentar la población ocupada (el empleo) en puestos de trabajo dignos.

Crear las condiciones y promover esta transformación productiva estructural, es la misión ineludible de la economía al iniciar el tercer centenario. Sin embargo, para la construcción de este proceso es evidente que ***ningún*** acuerdo que sea esencialmente político en cualquier tema o conflicto de la agenda social, podrá ser viable si no da respuestas coherentes, viables y concretas, a los desafíos de pobreza y desigualdad; pero ***cualquier*** acuerdo estrictamente político, que no tome en cuenta la

importancia y la gran complejidad de la problemática productiva, nos mantendrá en el camino de conflicto que conduce a un estado fallido.

Más allá de cualquier postura ideológica respecto a las teorías económicas y de desarrollo, se cuestionan los resultados sobre el bienestar en la sociedad. El mensaje es claro. Es necesario adoptar un nuevo paradigma de desarrollo con crecimiento porque las teorías vigentes no han podido conducir al desarrollo, no pueden siquiera explicarlo, y tienen muy evidentes limitaciones para orientar la construcción de la “economía para la gente.”

En los últimos setenta años, la prioridad [de las políticas públicas] es el crecimiento centrado en las exportaciones de recursos naturales; para ello, la inversión se concentra en sectores intensivos en capital, en infraestructura o en servicios sin generar empleo permanente ni mejorar las remuneraciones para amplios sectores, asalariados o autoempleados; por el contrario, ocasionan distorsiones (tipo de cambio, enfermedad holandesa, etc.) que afectan a la producción interna que agrega valor y al desarrollo de la capacidad productiva.

Con las políticas justificamos la mala distribución primaria porque “el capital es el factor escaso”; congelamos los salarios “por austeridad y para evitar la inflación”; celebramos el cuenta-propismo forzado (empleo precario por la falta de oportunidades), como expresión de emprendedorismo y del “éxito” de la profundización financiera; apabullamos y ahogamos a los contribuyentes más capaces de crear valor y empleo para lograr metas de recaudación; persistimos en el patrón extrativista esperando re-distribuir los excedentes; y aspiramos a la diversificación productiva, pero abaratamos las importaciones para controlar la inflación...

Es decir, las políticas públicas y el manejo de la economía, si no han acentuado la pobreza y la desigualdad, ciertamente no las han reducido estructuralmente. Metafóricamente, hemos estado metidos en un pozo del que queremos salir, pero seguimos cavando porque la teoría dice que “hay salida al otro lado”. Hoy, el sentido común sugiere dejar de cavar, y buscar alternativas más efectivas.